

# El quehacer de morirse

Ana Laura Pérez Ibave  
Chihuahua

Este relato va dedicado a todas las víctimas, de todos los crímenes,  
de todas las fronteras. En particular a Ciudad Juárez, Chihuahua.

A su presencia y llanto.

## PRÓLOGO

Sola sobre la tierra, una joven adolescente es diagnosticada de cáncer. Invasada por la enfermedad y la desesperanza, se ve sumergida en un tiempo y un espacio en los cuales siente que no le tocó vivir. La muerte se convierte de pronto en una presencia palpable que la persigue a todas partes. Además de su encrucijada personal (afrontar una muerte lenta y solitaria), los eventos que la rodean son sobrecogedores. En las calles de su ciudad los hombres se matan entre sí. La droga se vende como pan caliente y el miedo se esparce como epidemia. La violencia y la aniquilación parecen ser el signo de un mundo moderno y globalizado.

Por ello, decide testimoniar su agonía y la de toda una generación por medio de la escritura de un diario mortuario. Esta narradora es anónima, nunca sabemos su nombre. Quizá porque ella es, de alguna manera, yo, y esto sea mi propio testimonio y vida. Algunos datos de esta historia han sido alterados. Comparto con la protagonista el escenario, la memoria y el miedo. Conservo también el sobre con similar diagnóstico. Pero, para mi dicha, mi vida termina de forma diferente... ha vuelto a comenzar.

DÍA CERO:  
(YA NO SOY DE ALGUNA PARTE DE MI CUERPO)

Es arduo escribir esto, pero está más allá de mí. Me ha colmado los ojos. No se puede morir tanto sin escribir otro poco. No es que me imponga hablar, es que se me traban los dedos si no los desbarato escribiendo frases. Escribo para evitar que los tubos enrollados en mi brazo ahorquen mi pulso. También lo hago por aburrimiento, porque me aburro de no hacerlo, de no usar las plumas más que para registrar mi nombre en los hospitales. Escribir es pedir revancha a la vida. Justo como lo hago ahorita. Escribir que uno se escribe, que uno se muere. Escribir a cada paso. Ir escribiendo. Complicado, como lo es redactar un diario.

¿Qué más puedo hacer con el pensamiento y el fantasma de las palabras? Rondan mi cabeza, me provocan el miedo, me quitan el sueño y, cuando duermo, me lo devuelven a dentelladas. Lo sé, este diario es tan fútil como llorarles por las noches a los pájaros. A veces siento que sólo el papel comprende; a mí, por ejemplo, cuando le voy pasando una a una cada letra dolorosa. Y es que yo me siento más abandonada que nadie y por eso trato de habitar este pedacito de papel con la tinta del desasosiego. La escritura ha sido mi adopción. Para mí, más que ser una maternidad, la vida ha sido un orfanato.

No basta con decir que me estoy muriendo, como si con eso fueran a lavarme las manos y, con ellas, todo mi cuerpo para sanarme y dejar de estar enferma. Guardo todavía en mí la esperanza de curarme por medio de este escribir desenfrenado, este querer sacar la enfermedad... cuando cada vez se afinsa más adentro. La deja más en mí, se aferra como los gatos a los sillones,

con las mismas garras. La muerte y su andar felino, la muerte a gatas.

Escribir es dejar que me coman por dentro, desde mi centro hasta las puntas; tal vez escribir es lo mismo que este cáncer miserable, apenas uno más maligno que el otro. Curarme con los propios anticuerpos del virus: escribir, qué anticuerpo, la más cancerígena de las patologías. Así me destruyo yo, la destrucción es la única salvación a estas alturas del tiempo y de la cama. Estar todo el día apoyada contra el respaldo esperando por algo más oscuro que la muerte.

Escribir, me lo recomendó mi terapeuta para el bien morir, para matar el reloj, para despertarme el hambre y existir en la terca supervivencia. Es que ya lo siento en mí, calentito y rojo como el desierto: es esta bolita de cáncer que se me ha hecho dentro. La percibí justo cuando fui internada en el hospital. Se convierte en una cicatriz roja en el resto del cuerpo. Desde ahí comencé a sensibilizarme más al rojo. La vida se me hacía la sangre pura, y ésta la sentía envenenada. Me contaminaba el torrente acarreándose por mis arterias, apagándose el latido de a ratos

... cada día más difícil bajar el pie de la cama.

DÍA 1:  
(ESCRIBIR MURIENDO)

Cuando uno tiene los días por venir sin vida, ha empezado en cuenta regresiva. Es entonces cuando se hace uno intolerable al color. Los amaneceres surgen de una masa negra y amorfa. Hasta la luz del sol me es cada vez más ajena al levantarme. La muerte permea mis sentidos y me los está arrebatando. Pero ésta es una muerte tacaña, no da, pero, ah, cómo quita. No me regala más de ella, me deja en el limbo de quien vive agonizante y muere de a probaditas.

Pienso en la muerte como tarántulas que entran despacio por mi boca. La agonía me afelpa la garganta y no me hacen tanto daño sus picudas patas. Me saben a negro como el café frío de las noches. Será que soñé que alguien me comía servida en un plato. Mientras me mordía las costillas, lo supe de inmediato. Quien me mordisqueaba era la muerte. Yo me desesperaba de que no me devorara de jalón. Mas no sé si lo soñé o es que así estoy viviendo. La vigilia se hace gris y se confunde con los sueños. Más bien he perdido el apetito. Tendré que ponerme a hacer algo mientras espero por la mordida voraz, final, la tragazón de la muerte. Hasta que se canse de roerme los huesos y me trague sin masticar. Dentro de su panza no viviré más, en su vientre me acogerá con singular maternidad

... la transición será como caer en espiral.

DÍA 5:  
(ALLÁ MATAN, AQUÍ MUERO)

Los hospitales son como umbrales del cementerio. Por debajo hay gusanos, los oigo roer en miniatura la esponja húmeda del colchón, abriéndose paso como trenecitos entre resortes oxidados y trapos de algodón. Me mastican el cuerpo como hoja seca. Adentro, a las enfermeras ni les roza la muerte, se quejan del puré de papa y se roban las sábanas; yo las he visto. Por más que ellas me intuben y me metan el líquido ámbar a cuentagotas, mis venas se están deshidratando inevitablemente, se me va dibujando un mapa de ríos azules bajo la ceniza piel. El cuarto donde estoy es amarillo huevo con decorados verde seco, del color de los pinos que están en aquel parque, al otro lado de mi ventana. Aquí en el hospital huele distinto. Los días huelen a animal muerto. Algo se pudre en el aire y las moscas se pegan a la carne de los vivos; por más que se les quiera ahuyentar, no se les espanta con nada. Hasta las

moscas huelen la muerte, se la llevan entre sus alas y la prodigan por todo lo bajo del cielo. Y allá, quién sabe en qué otro lugar, quizá no estén muriéndose miles.

Me entero de que existe una guerra en las calles, que la droga se vende como el pan. La gente se ha vuelto loca afuera. Me aseguran las enfermeras que salir a las calles de esta ciudad es como hacer una cita con los asesinos. Todas hablan de afuera, aquello que no puedo ver por estar encadenada al tufo del cloro mezclado con sangre seca. Siento en la boca el sabor constante del fierro. Me hablan de balaceados en pila en los umbrales de los hospitales. A los de afuera los traen a la sala de urgencias. Los llaman "los abujerados" porque llegan con el cuerpo lleno de agujeros, con balazos por todos lados. A pesar de eso, sobreviven. Los dan de alta de terapia intensiva con cicatrices de un pulgar de profundidad. Los he visto por la ventana saliendo del hospital: cojos o en silla de ruedas, con la mirada perdida y malditos de por vida, como fantasmas resucitados.

Beatriz, la más joven de las enfermeras y con quien he simpatizado más, me trae las fotografías de los periódicos. Me describe el exterior como si me relatará acerca de un planeta nuevo. Su discurso me recuerda las novelas de ciencia ficción que solía leer en la preparatoria. Me narra que un carnaval fúnebre recorre plazas y avenidas. La música es tarareada por torretas de policías. El tráfico les reverencia el paso. Se inicia el baile sin movimiento de los encapuchados que saludan con el vaivén de sus pistolas, trepados en las cabinas de camionetas, con logos espeluznantes bordados en sus chalecos antibalas. Ni hombres ni perros, son una nueva especie. Los entrenan como canes, se diferencian por razas, los fabrican sin nombre ni identidad. Seres que después de un segundo de haberlos visto, no recuerdas ni uno de sus rasgos: sus rostros pierden forma humana. Se confeccionan en serie y por códigos, son humanoides que hablan y obedecen por números. Reciben autómatas las órdenes que acatan sin cuestionar. Han

sido maquinados para destruir y son capaces de matar a cientos de personas sin un parpadeo de arrepentimiento. Están creando una nueva raza humana, según entendí del desvarío apresurado de Beatriz. Les apodan “sicarios”. Pero, shhh, de eso tampoco se habla, o al menos no debe hablarse mucho. Me explica que las paredes oyen, y yo en verdad no la comprendo. Ojalá las paredes pudieran oír todo esto que escribo. Beatriz insiste en que hablar es peligroso y, por ello, me murmura todo el tiempo. Corre en silencio las cortinas de mi ventana. Sale de mi habitación petrificada y escurridiza, como si estuviera asustada por sus propias confesiones.

DÍA 10:  
(LA EPIDEMIA)

El pánico ha activado el espíritu del hospital esta mañana. Me despertó en la madrugada el bullicio de los pasillos. Al personal, acostumbrado a la histeria sosegada por la rutina de recibir a los balaceados, se le oía en un correr acelerado, bajando y subiendo las escaleras. Beatriz vino hasta las once de la mañana, muy tarde para la toma de píldoras y el almuerzo de las nueve. Me dio los buenos días cortante y simulando estar tranquila. Le noté un temblor en las manos. Al preguntarle por lo que pasaba, se negaba robóticamente. Me dijo que estaban prohibidas toda clase de explicaciones a los pacientes. Se disculpó por “cualquier tardanza inusual del personal”, recitadas lentas las palabras como discurso aprendido del jefe del hospital. Se lo pedí de favor, diciéndole que cualquier persona próxima a morir, como última petición, merece saber la verdad. Me torció la boquita. Supe que comenzaba a persuadirla.

“Quizá yo pueda ayudarla a olvidar su preocupación”, le mentía, yo sabía que no podía ayudarme ni a mí misma.

Le brotó una lagrimilla de los ojos y me aseguró desesperada que era el fin del mundo. Esa última frase me sobrecogió de



esperanza el corazón, un privilegio para los agonizantes. Pensaba que la muerte tendría que ser más llevadera cuando se muere contigo la humanidad entera. Sería como la promesa de crear un nuevo mundo dentro de las fronteras de la muerte, el mundo de los exiliados en vida. Dejé de fantasear con tonterías, sacudí la cabeza para darme cuenta de que tenía a Beatriz recargada en mi hombro llorando. “Ha brotado afuera una gripe que pone a chillar a los enfermos como cerdos en matadero”, me sollozó hiriente. Con palabras entrecortadas me contó que ya varias naciones estaban en alerta amarilla. Era una gripe horrible que, en cuestión de veinticuatro horas, te mataba. El síntoma inmediato era una fiebre insoportable, al grado de que los pacientes alucinaban visiones terribles. Tenían hemorragias nasales como torrentes de lava. Era tanto el calor, que prácticamente se les cocían los sesos por dentro. Se dispersó rápidamente, en lo que tarda un estornudo. Se cancelaban vuelos, la gente usaba cubrebocas y guantes para ir a trabajar. El caos, el caos en su aspecto más puro y humano. El virus se dispersaba por el aire, el pulmón gris de la ciudad lo respiraba a grandes bocanadas. La gente lo transmitía por la voz, la mirada y la mano. Se contagiaban hasta con un respiro o el más mínimo roce de los dedos. Se recomendaba evitar el saludo afectuoso, el abrazo solidario y el cálido beso. Estaba prohibido el uso de elevadores y cualquier espacio enclaustrado donde estuviera más de una persona. Ella me decía todo esto mientras me colocaba un ridículo cubrebocas, los cuales habían sido repartidos de emergencia por el gobierno. Era una obligación de orden público, no sólo para los pacientes de los pabellones, también para los civiles. Sí, esos seres que están allá, libres, del otro lado de la ventana de este hospital. Viven afuera, adonde ya no pertenezco, adonde ya no puedo verlos.

A la tarde siguiente, Beatriz me trajo los periódicos, rompiendo por completo las reglas del hospital. Al leer las noticias, todo me parecía un espectáculo, una realidad distorsionada en una

carcajada. O tal vez le había vuelto la espalda a la humanidad y sus tragedias me eran indiferentes desde hacía mucho tiempo. Consideraba muy irónico el cubrebocas, cuando lo que se necesitaba era hablar. Pero hablar de la verdad... el periódico alteraba números y frases, los políticos actuaban como títeres, la gente engrosaba los rumores. Tendrían que quitarse las vendas de los ojos. No se percataban de que era el miedo, mutado y altamente contagioso, lo que se llevaba en la punta de lengua y los dedos. Yo lo veía como la epidemia de una generación maldita, condenada por el pasado y parasitada en el presente. El voraz parásito es engendrado dentro de todos nosotros, no hay cura que de verdad lo erradique. Se padece la misma locura, con la furia del hambre y como lumbre en las entrañas.

Me daba cierta risita sentir mis piernas entumecidas y palparme muerta de pedacito en pedacito. Me autocompadecía de lo absurdo de mi circunstancia. Los humanos aguantándose la vida para no dejar de vivir, y mis ojos que apenas soportan la luz del sol. Como me rehusaba a creer en las coincidencias, me convencí de que mi pequeña muerte, unida al trágico hado de toda una era, estaba movida por el azar, esa fuerza maldita con que se predestina el sufrimiento. Aunque no estaba aislada del resto del universo; compartíamos la maldición que hace a los seres vivir de paso en este mundo. Si bien mi respirar se va al tiempo que se van fundiendo las luces de la vida, no me voy totalmente sola.

Beatriz interrumpió mi visión y malinterpretó mi llanto como tristeza. En realidad, la alegría me abrumaba y quería morirme acompañada de toda la raza humana entera. Pandemias, asesinatos y este cáncer... podíamos hacer entre todos un final inolvidable. Mis lágrimas eran como las cosquillitas de la fe. Mas en Beatriz su llanto era de sincera desesperación: "El final del mundo, el final del mundo", decía al tiempo que se hincaba con mi mano entre las suyas.

"Pero, vamos, no es para tanto. Verá que sólo morirán unos cuantos miles. Es natural, la población necesita reciclarse. Así veo

yo mi muerte, puede ser mala suerte o impuntualidad... o simplemente el puro desprecio de dios”, respondí cínica y honestamente.

La pobre Beatriz, sin decir nada y con los ojos hundidos en su infinita miseria, sacudió despacio su cabeza de un lado a otro, como si con eso espantara las palabras en el aire. Abandonó la habitación cerrando la puerta, sigilosa y dolida, como los gatos. Me quedé mirando al vacío de mi alrededor, decepcionada de pensar que tenía yo razón. Mis consuelos perturbaban más de lo que confortaban. No puedes ayudar a las personas cuando se te ha amargado el corazón.

DÍA 13:  
(QUIMIOTERAPIA)

Débil, muy débil para vivir, para escribir. Habrá una pausa en el morir, en este diario también.

DÍA 20:  
(CÓMEME, CABRONA MUERTE)

Muerte. Me arranca el cabello a tirones, me los deja esparcidos en la almohada. Me está dejando pelona y flaca como ella. Maldita calavera. Cabrona muerte.

DÍA 26:  
(VÁYASE A MORIR A SU CASA)

Los doctores ven venir muy de cerca la alerta roja. Beatriz me mostró el periódico que llevaba escondido debajo de la bandeja en la cual cargaba mi porción de avena y un vaso de jugo rancio.

Intentó ser más franca conmigo, como si las imágenes probaran su versión, y así yo no tendría más que creer que sus palabras no eran frasecitas entrenadas por orden del director general. Con su actitud conciliadora y amigable, me avergoncé de mi grosero comentario del otro día. Sin embargo, todo era la verdad. Los tabloides hablaban ya de una pandemia. Había dejado de ser epidemia. El pronóstico era una crisis mundial, un colapso global de la economía, de la salud y el orden públicos.

—El virus se llama HN1, y al final no sé si es cero o una “o” —me informó, o más bien me desinformó.

—Bueno... aquí se lee H1N1.

Me dio una suerte de ternurita que Beatriz no pudiera pronunciar bien las siglas. Siempre fue muy mala para deletrear. Batallaba para decir los nombres largos de los medicamentos y los apellidos extranjeros de los doctores. A pesar de ello, se le veía más contenta y tranquila, aunque sólo en algunas partes de su sonrisa. La otra comisura de su boca decía que lo peor estaba pasando. Hasta me jugó la estúpida broma de darme a elegir entre tener primero las noticias buenas o las malas. Elegí escuchar las buenas de una vez. Me quería avisar personalmente que los médicos me habían dado de alta. Me abastecerían de medicamentos y tendría una enfermera que me visitaría regularmente. Me dejaba un número de emergencia por si cualquier cosa pasaba...

—Pero eso es horrible, es como mandarme a morir a mi casa. Me están aventando como cordero a los lobos. Todos se matan, no hay bien morir en ninguna parte. Allá afuera me comerán viva, llevo tanto en el encierro, he dejado de saber cómo funciona el mundo. Le suplico, no me dejen morir sola.

Dije esto y un temor creció en mí. Me nubló la vista y sentí que me desmayaría. El miedo me ponía mal, como el azúcar a los diabéticos. Empecé a revolcarme en la cama.

Me tomó de los hombros y me juró que era lo mejor para mí. Respondí bien a la quimio, lo suficiente como para valerme

por mí misma; iba a “estar bien”. Sentí inyectarse de furia mi cuerpo: ¿cómo se atrevía la cobarde a jurar en la mentira? Las dos sabíamos que mis días estaban contados, como los granos en un reloj de arena, así de lentos y precisos. No me engañaba. Yo había escuchado horas antes que daban de alta a una larga lista de pacientes sin expectativa de recuperación, pues ya no había más espacio en los hospitales. Los contagiados por el nuevo virus arribaban en montón, no se daban abasto con las enfermeras, ni con el presupuesto y las habitaciones.

—Perra mentirosa —rabié apretando los dientes, como murmuran las maldiciones las brujas.

Ella se fue alejando en reversa, con la mirada abandonada a una ira que hacía temblar sus puños. Estaba exasperada, fuera de sí. Me miró con un desprecio que me enterneció, al grado de querer suplicarle su perdón. Me aterraba yo también de mí. Había veces en que podía ser muy cruel con quienes me estimaban. ¿Por qué? Quise decir algo antes de que se marchara. Esta vez salió como jamás la había visto antes, enojada y temblorosa. Atada a mi cama, brinqué por el portazo que dio al salir. Fue la última vez que vi a Beatriz.

### DÍA 30:

#### (LA CIUDAD QUE NO ME ESPERA)

Batallo para creer que haya estado tan débil. Ahora me detengo entre el portón de salida del hospital y la calle, sin decidirme a dar ese brinquito que franquea la distancia que me separa del cautiverio. Miro el horizonte con nostalgia, como el fugitivo admira los muros de su prisión, esa materia que lo separaba del exterior. Bata en mano y con una bolsa de pastillas en la otra, doy el primer paso hacia eso que conocía como afuera. Después de meses y meses de estar internada (ya no distingo los años), por fin salgo hacia esta ciudad que no me espera.

Huelo el olor a fritangas de los puestos de comida que rodean el hospital. Veo a los familiares de los hospitalizados devorarse hasta las manos masas amorfas de pan, queso y carne. Cómo puede enterarse la gente de tanto asesinato y no sentir sobre sus hombros el peso del ataúd de cualquier hombre desgraciado; o por lo menos que les supiera distinta la comida al día siguiente. El olor a aceite reposado me incita a vomitar. El sol me pega tan directo en los ojos, que me los quema en las brasas de mis cuencas.

Me palpo, paranoica, varias veces la ropa. Caminando hacia la parada del camión, veo pasar ante mí los tanques de los militares repletos de sujetos vestidos de verde, duendes jugando a intimidar. Llevan uniforme, cargan armas, no se dejan ver las caras, y cuando volteas a verlos, ellos ya te están mirando. ¿De dónde habrán salido? La gente pasa de largo, han adoptado un funcionamiento neutral: ven a los soldados que patrullan la ciudad como postes de luz, igual de tiosos y ornamentales. Las sirenas de las patrullas sueñan al volumen de los ruidos ciudadanos, el ladrar de los perros, el musitar quedito de las personas. Los vendedores de aguas y chicharrones exponen, colgando de su gran caja de madera con dulces, fotos descarnadas en las que se pueden apreciar charcos rojos manando de espaldas y pechos agujerados, hombres muertos con los ojos abiertos. La letra grande, rojiza, salida de un fondo amarillo que anuncia el asesinato: "Se lo descabecharon", puedo leer cuando me subo a la ruta tres.

Sentadas atrás de mí, en el destartalado autobús, dos señoras con bolsas llenas de mandado hablan de los asesinados como hablar de las ofertas del supermercado. Veo el reloj y son las doce y pico del mediodía. Me asomo por la ventanilla y, en la esquina de una plaza, un joven aspira el aire envenenado de una bolsa transparente de plástico. Veo que la infla y desinfla vorazmente con la boca. El pecho danza al compás de su respiración, que se engruesa y desciende. Fue rápido, sólo lo vi cuando

pasó el camión y, sin embargo, la imagen no se me despegaba de la mente. Apenas le pude mirar los ojos, rojos y perdidos, como los de las reses a medio morir. ¿Qué respiraba ese hombre del aire?, les pregunto a mis adentros. “Disolvente de pintura”, me responde el joven que iba a mi lado, adivinando telepáticamente mi pregunta.

Me bajo en la siguiente esquina para doblar a la izquierda, donde adivino que todavía está mi colonia. Apenas reconozco el área, el panorama está muy destruido. Afuera la vida ha cambiado. Estoy en la calle a un malestar de distancia de la cárcel. La ciudad es como un sitio en el que nos han cercado.

Las puertas de las casas permanecen cerradas, locales de negocios abandonados, colonias cercadas con altos barandales, hombres uniformados y desperdigados en las esquinas. El suelo cruje a mi paso, vidrios rotos por todos lados, entre botellas y cristales de autos. Percibo todo distinto y los demás ni lo notan. Nadie parece tener la sospecha de que algo anda verdaderamente mal. Se les ve distraídos pensando en lo mismo. Quiero preguntar a las personas que pasan a mi lado por una dirección, pero me topo con un pueblo de desconocidos. Esquivan los ojos de los extraños para no reconocer los rostros. Se saludan bajando la mirada y apretando los ojos, nadie quiere ver ni enterarse de nada. Mirarse de frente es arriesgado. Me perciben oliéndome, como bestias, sin rozarme el hombro. Me sonríen con la boca cerrada, como afilándose los dientes. Imitan el sonido de las víboras, siseando al pasar. A lo lejos, oigo a dos mujeres en una discusión: mugen entre sí como si renegaran de compartir su animalidad. Corro asustada hacia la dirección contraria. Tardo para dar con mis rumbos. El sudor se escabulle por debajo de la ropa, son las horas injustas del sol. El calor me cuece el pensamiento. Busco calles con sus nombres y sus héroes, términos tan patrióticos como “Constitución”, “Independencia”, “avenida Revolución”, tan reducidos a meros datos de la Sección Amarilla. Me suenan lejanas esas palabras. Es de

lamentar, sentada en la banquetta, cuán perdida estoy de lo que solía rodearme.

¿Cuánto habrá tardado el tiempo en pasar?

DÍA 33:  
(LA NÁUSEA INTERNA)

Un vacío se expandió dentro de mí cuando entré por primera vez a mi casa después de todo aquel tiempo caminando, después de todos los meses hospitalizada. La decoración, verde ceniza, me recordó mi cuarto en el hospital. Se me ocurrió cambiar el estilo de mi sala, tal vez me animaría verla diferente. Desistí, porque terminaría por consumirme las pocas fuerzas que me quedaban. Entonces tendría que morir en el piso sin poder moverme jamás, igual que el pez fuera del agua, quieto y abriendo a duras penas las branquias.

Sí, sí lo voy sintiendo. Me voy yendo de poquito. Conforme pasan los minutos, se van colando por la malla gris por donde se cuelan también los rostros, los lugares y las circunstancias. Lo siento cada día, se me desbarata un huesito, queda hecho polvo y se filtra por las venas, me hace más pesado el tráfico sanguíneo. Ayer se me pulverizó el de la cadera, la siento más chueca al caminar. Me hace cric cric cuando bajo las escaleras o me siento a fumar en la cochera. Es la muerte que se me mete de a ratos para morderme un cachito de vida y llevársela entre el hocico. Últimamente le ha dado por masticar mi cabeza y me dan unos tremendos dolores que me hacen brincar de la cama, sobre todo en la madrugada. He empezado a perder la memoria como el pelo. Mi piel se va haciendo cenicienta.

Se me hace una joroba invisible en la espalda. La muerte acecha como bulto aferrado al lomo, esperando extenderse toda



negra. Abraza ciega por detrás, sus brazos flacos me oprimen los costados. La muerte es una enfermedad, se padece de ella, se dispersa como las plagas. Comienza con una pulga que te salta al pensamiento, y la pulga se vuelve un parásito. Te va destruyendo paulatinamente por dentro. Poco a poco, se apagan tus pulmones, el pulso se cansa. Se va expandiendo hasta invadir cada función de tu cuerpo: piensas, respiras y te alimentas de ella.

Dormitas de día y velas en las noches: la vida a deshoras. Desde mi llegada a casa he gastado las horas en un sillón polvoriento. Descubrí que me arrulla ver los noticieros. Me hundo en sueños desbaratados por algún ruido repentino de la televisión: lo estridente de los comerciales o una palabra suelta que se mete en la imaginación. Me levanto únicamente por agua fría y para ir al baño. Desde entonces, me tambaleo entre las paredes llevando una náusea interna proveniente de mi cabeza. Son los efectos de los medicamentos. Vomito un ácido rojo, escupo la sangre, devuelvo los huesos.

Es como ir entregando el cuerpo,  
cediendo tiempo,  
devolviendo la vida a plazos.

#### DÍA 40:

(LA MUERTE ES UNA ESPECIE DE AVE)

Acostada en el colchón, echa bolita entre las sábanas, me quedo a la expectativa de un rumor. Oigo los ruidos lejanos del aparato televisor. Entre que escribo y me duermo para soñarme dormida y escribiendo. Mis oídos se encuentran anestesiados, escucho los sonidos como si tuvieran que traspasar una vejiga amniótica. Oigo quedito que un aviso rompe las noticias en la tele e interrumpe el repaso de asesinados de esta tarde, reporte de regla. Me despierto por completo para ver de qué se trata. Y es que la pandemia

ha sido frenada. En la cuenta final no fue nada tan escandaloso, unos veinte mil muertos alrededor del mundo; no la humanidad entera, como yo anhelaba. Siempre me pareció un chiste esto de la pandemia, por más que quise tomarlo con seriedad enfrente de Beatriz y compadecerme de sus miedos.

Entre especialistas de la ciencia, la economía y la política, dan el resumen de los hechos provocados por el virus H1N1. Se trató, en efecto, de una mutación de la gripe de los cerdos que la hizo transmisible a los humanos. Los presidentes de las naciones apuntan el dedo hacia otros países: el repartir de las culpas. Y, por supuesto, culpan a mi país del origen de la mutación viral. Provenía de una granja en uno de los estados del sur que exportaba carne de puerco. Por lo tanto, quedan suspendidas temporalmente las transacciones comerciales y el flujo de pasajeros. El gobierno se queja de que se les muere el turismo y el peso agoniza. Los científicos comparan los efectos con el brote epidémico de la gripe aviar hace ya algunos años.

Apago el televisor y me acuesto en la cama esperando, pensando. Estúpido el hombre que sin poder volar se contagia de las enfermedades de las aves, pero sí es capaz de revolcarse como cerdo. La muerte es una criatura negra con pico, como los cuervos, pero con la carne apestada, como en los mataderos. Misteriosa como pájaro nocturno y denigrante como la agonía de los puercos.

#### DÍA 44:

#### (LA MUERTE ES VERSE EN EL ESPEJO)

Hay mil maneras de matarme y no me atrevo a ninguna. Aunque si me palpo los costados y el pecho, la solución más fácil sería pulverizarme los huesos. Me había desconocido las últimas dos semanas cuando me miraba al espejo y sufría una suerte de desdoblamiento. Mi destino se veía en dos cuerpos: el yo de antes,

esa muchacha saludable que posa en las fotos; y el yo después, la mujer que se postra frente a un irreconocible reflejo. Mi aspecto se ha desmejorado mucho. Los dedos grisáceos, amarillos los ojos, hundidos en flácidas cuencas, pálido el rostro y flacos los senos; cansado el cuerpo entero de estarse muriendo con el goteo del tiempo.

Desde que llegué a casa me he sentido hipnotizada por lo siniestro. Tiemblo interiormente con los ojos turbados por horribles pesadillas y premoniciones. Hasta las sombras me hacen ademanes invitándome al asesinato. Miro de reojo y el cuchillo me tienta las ganas. Sería despacito, sin prisas, poquito a poco. Atravesar la carne flaca, reventar la hinchazón morada de algún órgano como globo con agua. Dejar de sentir el dolor para ceder al último placer de saberme viva.

Medí mis dos únicas opciones: morir dentro de casa o afuera, buscando la muerte. La ciudad, con tan pocos puentes y un río seco, no tiene agua que acoja mi caída al saltar. Sé de las esquinas y las horas precisas por donde ronda la muerte. Podría salir a encontrar mi fin de noche, pero me aterra ser asesinada. En estos tiempos no representa más que una gran falta de trascendencia sumarte a la estadística de crímenes, perderte en una pila de cadáveres y nombres olvidados. Lo mismo me daría ser enterrada en fosa común. Admito que tampoco tiene nada de digno morir encerrada entre estos muros polvientos de mi casa.

He encontrado cigarros escondidos en diferentes partes. Me los he ido topando por casualidad en situaciones cotidianas, como al abrir los cajones, atrás del botiquín del baño o al levantar una losa floja en el piso de la cocina. Había olvidado que los tenía ahí. Junté el total de las cajetillas en una canasta que servía de centro de mesa en la sala. Me les quedé mirando por más de una hora. Había tomado la decisión de acelerar el proceso. Opté por desvanecerme como el humo, desaparecer a bocanadas, quemarme en las tinieblas de mi casa.

DÍA 51:  
(LA DESPEDIDA CON EL MUNDO)

Aplicaré mi antigua fórmula para desprenderme del mundo sin extrañarlo: los periódicos. Inevitablemente me vino el recuerdo de la mirada afilada de Beatriz. Necesito seguir con mi terapia, leer los diarios, despegarme de la vida y que no pueda estarme yendo de ella. Vigilar esta ciudad gastada, con su porquería de manual de supervivencia urbana, me evitará envidiar las primicias de la gente viva. Sólo así podré irme despidiendo. Confortarme con la noticia de que me iré, y esta generación podrida junto conmigo. No lamentaré no ocupar más este espacio ni consumir más el tiempo. No me podrá decir adiós al mundo porque él ya se ha despedido de mí.

Dejarse ir no es fácil. Me iré de este tiempo enojada, con el rencor de quien no quería irse. Me aferro a escribir como quien no se rinde a dejar de existir, a no ser más que polvo, pelusa y olvido. Por lo menos irse uno siendo palabras mientras el alma se reúne con fantasmas. La humanidad me ha dejado atrás de la peregrinación, como bestia herida que abandona la manada. Convaleciente me alejo del rebaño, a morirme sin que me vean, haciendo la muerte por mí misma como los animales, sin que les estorbe, allá, debajo de los matorrales.

Bah... el mundo.

DÍA 52:  
(EL JUEGO DE MATAR)

Espío el invierno gris y cruel en mi patio. El humo de mi cigarro se confunde con el vapor que sale de mi boca. La lluvia soleada de la tarde (en esta ciudad desértica llueve con sol) ha cristalizado

el anuncio de la noche. Graniza y no hay nada más hipnotizador que el rosado atardecer en el preludio que anuncia la nieve. El frío me estira la cara y no me deja hacer reproches. Ni siquiera me quejo por la sangre que baña esta tierra, mientras no nos seque por dentro tanto, pienso.

Se me terminan mis cajetillas de reserva y tengo que ir a la tienda por repuestos. Mi plan es básico: cigarros, el periódico y leche. Me envuelvo en mi bata mantecosa y cubierta de ceniza. Salgo a la calle con el cuello enterrado en una bufanda y la vista fija en mis pies. Camino con apuro, como si no tuviera lenta la muerte. Al cruzar por el parque escucho morbosa a un grupo de niños que juegan a matarse. Lo hacen sin un reflejo de inocencia o de recreación. Se apuntan al centro de la frente con ametralladoras de plástico. Juegan disciplinados y con una seriedad quieta, entrenando el tiro de gracia en diferentes puntos de sus compañeros. Ciñen sus pequeñas bocas para soplar entre sus dientes y así parodiar el sonido de balazos de aire. Con la mirada de reojo veo que sacan artefactos brillosos de un frasco y se los avientan entre ellos. Llevan puestos pasamontañas y ríen encapuchados al derrumbar a sus "enemigos", amigos de la cuadra. Una de las piecitas cae junto a mi tobillo. La recojo y, al mirarla de cerca, reconozco el casquillo de una bala de verdad. Y yo pensando que eran canicas lo que recolectaban. Me incendio de rabia por el daño hecho a estos niños. Cargan sin peso sus armas de juguete en sus cruentos juegos. Representan las historias policiacas e idolatran a los asesinos protagonistas.

Al llegar a la tienda de la esquina, me abastezco de todos los diarios vespertinos de este jueves y del día pasado.

Se mata a cientos de hombres y mujeres,  
hablan de guerra en las calles y yo muriéndome sola.

DÍA 67:  
(LA MUERTE ES TURISMO)

Hoy hablé con el doctor por teléfono. Le miento: "No, no he estado fumando". No me cree, mi voz se oye hueca, como cenicero. Me dice que no puedo estar viviendo para morirme, me aconseja algo de vivir al máximo lo único que me queda, "sal, sal de viaje, distráete un poco la mente", insiste. Al colgar la llamada, me quedo dubitativa. ¿Qué llevan en sus maletas los muertos? Me vestiré de luto con esta misma bata transparente y grasosa que me dieron en el hospital. Junto con las pantuflas que combinan por el tizne y la mugre. Empacaría también papel y una pluma. Ese afán mío de dejar testimonio de todo lo que veo. Al fin que no tengo nada mejor por hacer; me queda poco por vivir y mucho por contar.

Antes me saltaba como grillo la idea de emprender un viaje antes de que el cáncer me inmovilizara. Buscaba otros ruidos, anhelaba rumores de bosque y la paz de la barranca. Trataba de recrear en mis fosas mentales el aroma del pino y el maíz tostado. Tendía a pensar que si por lo menos no tuve una vida excéntrica, me procuraría una muerte exótica, morir en la lejanía de los pájaros al vuelo y en lo hondo de los lagos. Mas es inútil: no hay lugar donde esconderse, ni cachito verde. Los periódicos anuncian asesinatos masivos en las carreteras que comunican a los pueblos de la sierra.

Tengo miedo de aferrarme al mundo cuando ya me estaba acostumbrando a irme. No me quiero maravillar con la novedad de los paisajes ni con las presencias cálidas de la gente. Vuelvo a añorar la vida: es señal de que la enfermedad me está ganando. Me hago dolorosamente sensible a cada pulsación vital y ajena, porque ya la quisiera tener para mí. Me lastima al grado de abrirme la carne ver vida en los demás y en mí no. Envidio el latido viviente de las moscas que se pasean por la habitación; viven una vida completa en veinticuatro horas. Yo, con veinticuatro años, siento que

me la han interrumpido deliberadamente. Llora por el flujo de los vivos, ese círculo al cual ya no pertenezco. Su existencia contribuye a la armonía del mundo y yo apenas tengo respiración. Estoy celosa de la energía que mueve a los seres. Extraño la promesa nueva en el recién nacido, la fascinación de quien empieza a ver por vez primera el mundo, como los ojos de los turistas. Quiero ver otros mares, otros edificios, el centro de miles de ciudades, pero, sobre todo, un puente que cruce la mitad del cielo, un río o una carretera, algo con que tender mi mano hacia el otro lado, donde se extiende lo siniestro y todo huele a puerto.

DÍA 70:  
(MORIR EN DOSIS)

La noticia se difundió sin pena, una chica de dieciocho años murió por sobredosis. Fue encontrada atrás de un taller mecánico, en un terreno abandonado, entre basura y excrementos humanos, o de perro. La fotografía es austera y los colores inciertos. El sol le quema la espalda y su cuerpo está tieso. Sus "amigos" la habían aventado ahí, miedosos de los vínculos con la muerte. He estado siguiendo el caso de cerca a través de los diarios y noticieros. A pesar de que se pudo determinar como crimen, la autopsia revelaba una paralización cardíaca por la cantidad de cocaína inhalada. La madre aseguraba que su hija no era así, la describía como "niña de casa".

¿Podré tener una sobre-muerte con alguna de sus dosis?

Me asomo a la ventana.

DÍA 75:

(NADIE QUIERE EL CORAZÓN DE UN ASESINO)

Entre un montón de información basura y anuncios de líneas de sexo, leo esto en la sección de Curiosidades:

7 de feb. La idea de recibir un órgano donado por un criminal provoca rechazo en la mayoría de la gente...

Yo sí

DÍA 77:

(NOMÁS DESPERDIANDO LA SANGRE)

Los periódicos me han embarrado en la cara una fotografía cuyo recuerdo aún me recorre la piel con escalofríos. Mostraban el asesinato de un joven al que le habían desprendido las piernas. Por encima de todo, la imagen parecía que empleaba el puntillismo con tinta roja para adornar la escena: sangre salpicada, en charcos, haciendo pequeños canales en los surcos del pavimento. La parte superior estaba despedazada en huesos retorcidos, retazos de piel y carne desparramada en el asfalto. La cara irreconocible. Sin embargo, sus piernas habían permanecido intactas, se podía ver claramente el trazo masculino y la marca del calzado deportivo. La piel lisa, nada curtida por el sol y el tiempo, parecía de leche. Lo que más captó mi atención fue que, a diferencia del torso, sus extremidades inferiores no se encontraban desperdigadas en el pavimento. Colgaban del asiento del conductor de un carro blanco y lujoso, se asomaban lampiñas por la puerta abierta. ¿Qué desgracia arrastraba este muchacho para ser asesinado de tan brutal forma? La nota periodística estaba más interesada en cómo se ganó la vida para tener ese carro; o fue al revés, cómo se ganó ese carro para perder la vida. Las dos preguntas se contestan de ida y vuelta.



La vida de los hombres se ha transformado en el funeral de las masas. Hasta las funerarias hacen fortuna, la muerte se ha convertido en negocio. Nunca antes se ganaba tanto dinero y tan rápidamente como en la profesión de asesino, misma que puede ejercer cualquiera, hasta mocosos de catorce años. Salen con sus playeras de colores a buscar el dinero en las calles, sin saber que afuera es el precio de sus propias cabezas el que se oferta.

El ser humano es más imperfecto de lo que alguna vez se pudo llegar a pensar en este mundo globalizado. Debimos haber nacido con blindaje también nosotros, impenetrables a las balas, como una segunda piel. Armas en vez de manos. Acero en el pecho. Nadie nació preparado para este tiempo que parece salido de la nada y, a la vez, arrastra todo. Sin embargo, las nuevas generaciones se han estado preparando para esta época. Nacen con una furia como si el parto mismo lo hubieran sufrido ellos. Es una cólera guardada y acumulada desde el primer hombre que puso pie sobre la Tierra y la encontró hostil. ¿En qué siglo se inventó la maldad? ¿Es que se tiene ya en la memoria ancestral el germen de la vileza humana y eterna con la que se ha ido creando el mundo?

DÍA 79:  
(EN EL RECREO)

Miro la televisión. Unos niños en una primaria cantan una canción que su maestra les ha enseñado. El reportero del noticiero intenta tararear el coro: "Que las balas tronaran como palomitas y que en vez de sangre brotara mermelada".

Ayer mataron a tres sujetos en el portón principal de la escuela, justo a la hora del recreo.

Se me mueve un poquito la palpitación cansada del corazón.

DÍA 80:  
(TODA MUERTE ES UN ASESINATO)

“Lo acribillaron en la puerta de su casa.” No deja de darme vueltas la noticia de ayer, que será la misma de mañana y de mañana y de mañana. Pobre tipo. Me concentro, cierro los ojos e intento experimentar cómo es que le perforan a uno las vísceras con la explosión del plomo. El roce primero y caliente del anillo de la bala; cómo va atravesando cada órgano para salir instantánea por el otro lado. Yo sí lo presiento en mí: el atravesar furioso del círculo de fuego que arremete contra la carne y explota en el último instante de existencia; el cuerpo pierde su peso. La estela de humo que sale del hoyo abierto por el plomo. Ser un saco de tripas y huesos, la plasta de sangre embarrada en el suelo. Una cabeza abierta, un corazón penetrado, el estómago vaciado.

Me quedo pensando y, en cierta parte, lo envidio un tantito. A él la muerte le llegó externa, de frente, le mostró la cara y le encajó los furiosos dientes en la carne sin pudor. La sangre de este hombre se evaporó en la banqueta. A mí me la succionan por dentro. Me ha carcomido desde los huesos, me ha envenenado el torrente, invadido las vísceras. Se esparció desde mi útero hasta ocupar cada rincón de mi organismo. La muerte me ha nacido en el vientre y la arrullo como el hijo jamás tenido. He engendrado en mí al feto muerto, al verdugo perpetuo, al invisible asesino.

Pero no es así. No hay diferencia entre morir quemado o ahogado, lento o rápido, feliz o desgraciado, en paz o en guerra, libre o recluso, animal u hombre, en la calle o en la cama. No hay diferencia entre asesinato o cáncer ¿Qué hay de distinto entre morir entera en un ataúd o que tu cabeza aparezca en un tambor y tu cuerpo colgado de un puente? Morirme de cáncer es igual a morir asesinada. El verdugo sólo se cambia las máscaras. Es el mismo quemar interno. Yo padezco esto que me está pasando como cualquier otro crimen con sanguinaria tortura. El mundo se

desbarata, se llena de muerte y no entiendo cómo la he contraído. Quién me la ha contagiado si hace mucho que no vivo afuera. No puedo creer que, estando enclaustrada, respiro lo mismo que enferma a la gente... muerte. No entiendo por qué la gente se cura la muerte mientras yo trato de recetármela.

DÍA 86:  
(ROJO DESIERTO)

He dejado de devorar notas periodísticas. Ha llegado a convertirse en un sadismo cansado. El discurso rima las frases con las mismas palabras, la estúpida parasíntesis que domina las cosas y hechos: narcofosa, narcomatanza, narcogranja. Por su parte, los verbos se conjugan con nuevas gramáticas: sicarean, sicarearon, sicarearán. Siempre terminan por dar reportes del clima: el conteo de muertos y la temperatura del día. Las balas perdidas son encontradas en la carne del inocente, están en el aire, arden en la noche y a cada hora de la tarde. Balas. La lluvia de plomo es el pronóstico climático de todos los días. Forma charcos de sangre, hace pasta roja el aliento arenoso del suelo. Los ríos cada vez más secos, varados en medio de montañas pelonas y de tierra dura. Las llamas salen de otro fuego, otros diablos bailan en este infierno.

También ascienden los grados de ansiedad en la cara de la gente. Narran sus historias de asesinatos, secuestros, matanzas, sangre, violaciones, corrupción. La muerte se receta con la misma puntualidad: siempre con igual prisa. Rojo. Todo es rojo. La tinta de los periódicos, la mirada inyectada de la gente, rojo el veneno de las palabras, el rumor que se levanta en todas las pláticas. No interesa tanto la información, quién era, dónde estaba, por qué lo mataron. Nada importan los nombres y los motivos. Es el mismo cuento que se cuenta en las mañanas para despertar y no dormir;

que las palabras no arrullen, para así, insomnes, levantarnos con la cafeína diaria, la adrenalina para estar alerta, constantemente al acecho.

El tema ya cansa, pero el morbo lo revive. Todos tienen muerto de que hablar, pero nada que aportar al vivo. La gente llega a sus trabajos y casas para hacer de la conversación un recuento de los diarios que sólo relatan muerte. Y le agregan el detalle morboso, la exageración que alimenta las bocas negras de las conciencias, ese placer que recorre la panza cuando se escucha la noticia de decapitados, torturados, masacrados. Se nota el duelo, pero también el regocijo, la gente disfruta transmitiendo el parásito. Debajo de la angustia hay una risita sádica que se exalta con hipérbolos. Cuanto más sangriento el relato, más gozoso el morbo. Fábulas anónimas que se compilan en la historia callada y temerosa de la ciudad. Estamos en lo tibio del desierto, en el umbral desde el cual nada se divisa, pero tampoco nada se esconde.

### DÍA 90:

(A PARTIR DE AHORA TODO SERÁ DEMASIADO TARDE)

La tarde ha transcurrido ensordecedora y ansiosa. Me conmuevo triste al percatarme de que, aunque la gente muera de distintas formas, razones e injusticias, la muerte es un solo cáncer. Y uno piensa que puede elegirse la dignidad en la muerte, como si pudiera también elegirse en la vida; de la putrefacción denigrante ningún cadáver se salva. Será que, ingenua, me convencía de que moriría de forma diferente, pensaba idealistamente que la muerte era allá, a lo lejos, un concepto, un pacto de los viejos de vidas largas y prósperas.

Cuando estaba en el hospital, a veces, cuando me retaba a levantarme de la cama (esfuerzo inconmensurable), me ponía a espiar el movimiento del hospital. Veía las caras amarillentas de

los pacientes recién fallecidos. Como faltaban las sábanas y estuvo prohibido usar los elevadores, los enfermeros los paseaban en las camillas con sus caras descubiertas y muertas. De vez en cuando, eran pequeños conocidos, gente extraña que yo había visto tantas veces en lo que fue el trajinar de mi vida diaria. Un día reconocí a la mujer que me atendía en el banco. Le noté el mismo rasgo peculiar de los muertos: una risa intacta, como si se les limpiaran los recuerdos. Me imaginaba que en el último suspiro repasaban su vida condensada en puros buenos e importantes momentos de su trayectoria; el dolor y el placer unidos en un mismo estallido, tan personal e íntimo como el tacto de dios.

La muerte nos marcó con su signo fúnebre en la frente y así nos reconocemos al atravesar las calles y las plazas, entre el llanto vertical de los edificios. Yo podía oler entre la gente a la muerte. Algunas veces me detenía la peste cuando la olfateaba en ciertas personas, incluso desde lejos. Ellas también me veían a mí diferente. La muerte se reconoce en otros igual que los perros huelen el miedo. Es una tristeza que se lee en los ojos. Compartimos algo que ya ninguno de los vivos puede porque ya no nos movemos en la misma esfera. Estamos aislados de la alegría y la plenitud de lo que es vivir. Tenemos el reloj en cuenta regresiva y cada respirar es prestado. Somos soledades convocadas en un regazo fantasmal.

Nacimos todos enfermos, como si el nacimiento mismo fuera la enfermedad. Se nace con este cáncer que carcome mis piernas y me va dejando tan sólo la voz para depositarla en las hojas de papel; ir escribiendo con el puro aliento. Tal vez alcance a cerrar los ojos y a pedir por alguien a quien concederle un perdón. Tengo la espera y la indulgencia del tiempo a mi favor. Puede que me muera con la tranquilidad deleitable que se tiene cuando se está leyendo un libro; o, mejor aún, con la paciencia de quien hace el intento de escribir un diario, aunque sea para contar los días que a uno le quedan. Moriré así, despacito, sin cicatrices, sin más que estas palabras últimas que escribo.

Quiero morir con la plegaria con la que se arrulla el asesino...

así, sin demasiada piedad.

DÍA 91:  
(EL DESPRENDIMIENTO)

... mi cuerpo flota, ha perdido gravedad y siento las piernas flojas, como si fueran hilos sueltos. Todo me ha sido arrancado y el mundo está ausente. Nada existe más que ese centro que crece dentro de mí. Lo toco si mantengo cerrados mis ojos. Las venas se engruesan con el último palpitar de mi corazón; las presiento reventándose en cualquier instante. Dentro siento miles de hormigas negras durmiéndome los dedos. Me muerden por debajo de las uñas. Un aire helado me envuelve las vísceras, me congela una risita de tormento y placer. Detrás de mí han quedado los buenos recuerdos. Al instante, uno solo de mis poros encierra el universo entero de lo que ha sido mi vida. Me tiro de un abismo doblada hacia atrás, con los brazos extendidos y el pecho abierto, como clavado de pájaro. Caigo hacia la nada estrepitosamente, esperando el derrumbe de alas, el dolor de la espera, el impacto que no llega. De pronto, la caída es más bien como de pez. Puedo nadar en caída libre, flotar y sumergirme en un mismo acto. El sustento es un mar materno, como si alguien me sujetara entre sus manos. Me atrae lo hondo de algo que vislumbro como un pozo. Cada vez más liviana... más... más. Los brazos se me desprenden, las piernas se van por sí solas, la cabeza es un globo que se pierde entre olas tempestuosas. El corazón se me sale del pecho y se desvanece el último resquicio de conciencia. Me pierdo hecha ceniza en el ojo negro del pozo.

DÍA ÚLTIMO:  
(VUELTA AL CERO)

Hoy amanecí feliz.

Tan feliz como si fuera a suicidarme.

No puedo escribir.

Porque

terminaré por hacerlo.